

# nombrar a Dios en nuestra sociedad. el problema actual de la evangelización

Isidro Muñoz Triguero

La descristianización de las masas y el avance de la increencia en las sociedades occidentales, la sofocación de la religión en los países del Este, el encuentro ecuménico de las culturas y las religiones en nuestro mundo plantean problemas delicados y fuertes para la evangelización o la reevangelización en nuestro tiempo. Hay un complejo de retos y desafíos que hacen urgentes nuevos planteamientos de la evangelización y a ellos apunta de muchas formas la teología de hoy<sup>1</sup>.

No es posible, naturalmente, abordarlos aquí en un breve ensayo. Quiero sólo llamar la atención sobre un conjunto de líneas fuertes que deben ser hoy preocupación de todos los creyentes. En las comunidades de fe más activa y despierta debe crearse una conciencia más clara y urgente de por dónde van hoy los problemas de fondo y por dónde parece más verosímil y urgente intentar abrir camino.

## 1. Invitación al silencio.

En la cultura contemporánea se ha ido enrareciendo la atmósfera para toda instancia religiosa hasta el límite de la asfixia. Coincide este enrarecimiento extremo con lo que ha dado en llamarse "la posmodernidad". El agotamiento de las van-

(1) Hay algunas lecturas que respaldan más de cerca estas notas y a las cuales me remito como ampliación y consulta: A. DUMAS, *Nommer Dieu*, París 1980; R. MARLE, *Parler de Dieu aujourd'hui. La théologie herméneutique de G. E. Ebeling*, París 1975; O. GONZALEZ DE CARDENAL, *La gloria del hombre. Reto entre una cultura de la fe y una cultura de la increencia*, Madrid 1985; A. DIAZ TORTAJADA, *Evangelización, lenguaje y cultura*, Madrid 1983; C. FLORISTAN, *La evangelización, tarea del cristiano*, Madrid 1978; A. CANIZARES, *La evangelización, hoy*, Madrid 1977; J. A. MARDONES, *Sociedad moderna y cristianismo*, Bilbao 1985; L. GONDAL, *La traversée de l'indifférence. Dialogues à propos de Dieu avec R. Garaudy, B. Besret et M. Clavel*, París 1978; AA. VV., *Evangelizar la cultura*, Madrid 1978; AA. VV., *Evangelización y hombre de hoy. Congreso*, Madrid 1986; AA. VV., *Dios de vida, ídolos de muerte. V Congreso de Teología, Misión Abierta* 1985; CELAM - CLAF (Eds.), *Evangelización y catequesis*, Madrid 1971; PABLO VI, *La evangelización del mundo contemporáneo. III Asamblea General del Sínodo de Obispos*, Madrid 1974; JUAN PABLO II, "Dominum et vivificantem". Carta encíclica, Ecclesia, n.º 2270 (7 junio 1986) 12-50.

guardias revolucionarias en las artes plásticas, a la mitad de nuestro siglo, es lo que primero fue denominado "posmodernidad", y de ahí se ha extendido al resto de los ámbitos culturales. En principio parecía caracterizar el ambiente cultural de los últimos veinte años, pero se ha ido ensanchando su alcance en tal medida que, como advierte Umberto Eco, pronto nos van a llevar la posmodernidad hasta Homero<sup>2</sup>.

Como crisis de la modernidad, hay que ver ante todo en la posmodernidad la crisis de sus tradiciones: la crisis de la Ilustración y sus ideales racionalistas, la crisis de los Sistemas: la Razón, la Historia, la Revolución. Es la Crítica misma, como sistema, la que se muerde la cola y se autodestruye: sólo queda el desencanto y la desconfianza; una ironía refinada, pero cáustica, atraviesa todas las esferas de la cultura y la sociedad: se recogen todas las tradiciones, pero no se las toma en serio, a todo se le busca su lado débil, inconsistente. Dios, como las otras grandes palabras, nos suena en muchos usos a cosa vacía, a recurso enfático, y ya desde aquí se hace aconsejable a veces un silencio respetuoso: no emplear el Nombre de Dios en vano. No hay, a pesar de esto, una exaltación de la Crítica como sistema, no se avanza de hecho en las grandes críticas a la religión provenientes del siglo XIX y primer tercio del siglo XX. Hay sólo un deterioro, un proceso de descomposición ética y religiosa en una sociedad decadente.

Es en este ambiente de desencanto donde las críticas a la religión siguen prolongando su eco y siguen instando a la reflexión y a la autocrítica a los creyentes. Así en el uso ideológico de la palabra Dios. Es frecuente, en grupos cristianos de actitud crítica, el recortar mucho el recurso al término Dios, el dejar en el transfondo la instancia de Trascendencia explícita. Obedece este silencio en ciertos grupos a la fuerte acusación de "ideología" que pesa sobre el recurso a Dios: los abusos económicos y políticos que han acompañado a veces a personas y conductas religiosas, la asociación en la historia entre monoteísmo y formas diversas de monarquía autoritaria, la misma representación monoteísta de Dios en formas de poder o imposición absorbentes dan lugar a reparos y desconfianzas para los mismos creyentes.

Desde otros frentes de crítica, como el de la Antropología cultural, el de las ciencias sociales, o el de la psicología, se tiende también a relativizar y aun desplazar la instancia religiosa de Dios. La multiplicidad de culturas y tradiciones religiosas las más variadas, que llenan el planeta, presentadas en formas cercanas y vivas por las ciencias antropológicas, y aun por los medios de comunicación social, dan lugar a la relativización de todos los dogmas y creencias. Dios no es la palabra clave de religión en muchas interpretaciones legítimas del fenómeno religioso, y menos el Monoteísmo de las llamadas "religiones superiores". De otra parte, el primitivismo de las otras religiones en muchas de sus representaciones abre campo a una crítica generalizada de todo el fenómeno religioso. El hombre sacralizó abundantemente en tiempos antiguos todos los fenómenos de la naturaleza y de la vida. Hoy nos parece asistir a la liquidación, a la almoneda total de tales herencias, in-

(2) U. ECO, *Apostillas a "El nombre de la rosa"*, Barcelona 1985, 2.ª edición, pág. 71.

cluyendo la monoteísta. La imagen del Padre, como fantasma opresor, en la interpretación freudiana; y la crítica de todas las representaciones religiosas como ilusión, de la que somos víctima —en un mecanismo de escape y huida— ante el desamparo del hombre en la naturaleza, son visiones de gran sugestión anti-religiosa<sup>3</sup>. Se advierte por ello, aun en círculos religiosos, cierta desconfianza y reticencia hacia la figura de Dios Padre. Reflexionaremos sobre ello más adelante.

Sigue pesando el embate de los positivismos, del cientificismo, aunque en forma menos agresiva, dadas las crisis de la filosofía de la ciencia. Es más bien la influencia de un cierto agnosticismo, el peso de una mentalidad verificacionista, formas de materialismo práctico y aun pretendidamente teórico. Dios queda en esa zona inalcanzable del misterio, de "lo místico", sobre el cual lo correcto es callar, como aconsejaba Wittgenstein<sup>4</sup>. Viene a reforzar esto el silencio mismo de Dios, su silencio ante el mal, ante las tremendas injusticias de la vida y de la historia: ¿será posible hablar de Dios después de Auschwitz o después de acontecimientos trágicos, como el terremoto de Méjico? Esto pesa sobre la conciencia de la misma gente sencilla —el escándalo del mal—, y no es el lenguaje racional de las Teodiceas (o "Justificaciones de Dios") el que mejor puede explicar ese silencio.

La creencia en Dios parece haber perdido en buena medida su fuerza liberadora en nuestra civilización. Las perspectivas de un "transmundo" o de la inmortalidad tras la muerte, típicas de la herencia platónico-cristiana, han perdido su vigencia y fuerza social y el hombre contemporáneo se viene preguntando por las posibilidades de transformar nuestro mundo, nuestras sociedades. Dadas las dudas y quiebras racionales que se objetan a la creencia en Dios y dadas sus escasas posibilidades como palanca de transformación social, en forma pragmática y calculable, el hombre actual en las sociedades avanzadas tiende a orientarse hacia un humanismo saturado, autosuficiente, sin fisuras de trascendencia: aceptar con lucidez la propia condición, fundar la humanidad del hombre en el hombre mismo, por precaria que sea esta instalación en la finitud, y dejar entre paréntesis opciones de trascendencia religiosa, sin base aparente y práctica. Esto hace impacto sobre los mismos creyentes: parece que se hace preciso descargar a Dios de muchas explicaciones reguladoras de la historia y cargar sobre el hombre sus propias responsabilidades, excesivamente desplazadas sobre la instancia divina, emplazarle ante sus propias opciones y destinos.

Estas y muchas otras dificultades están invitando a un discernimiento y un profundizamiento de nuestras representaciones en torno a Dios. Más que hablar por hablar ¿no se hace preciso hoy, en nuestra encrucijada histórica, callar sobre Dios, dejar que un silencio tenso y fecundo pueda dar otra vez solidez y garra a nuestro anuncio evangelizador?

---

(3) S. FREUD, *El porvenir de una ilusión*. Cf. A. BENTUE, *¿La cultura o Dios?*, Salamanca 1982.

(4) L. WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*, 6.522, 6.53, 7.

## 2. El Nombre de Dios en la Comunidad.

"Sólo nos quedan los nombres"<sup>5</sup> y estos vacíos. El pensamiento de nuestra época se ha cerrado sobre el lenguaje desde todos los flancos (lenguajes formales, sistemas de comunicación, teorías de la ciencia de base lingüística, estructuralismos, hermenéuticas...): todo queda reducido a juegos de lenguaje, como articulaciones formales de experiencias puntuales, flujo de estímulos nerviosos, de masas de datos estadísticos. El lenguaje religioso padece esta misma depauperación nominalista. ¿Qué nos puede decir hoy el vocablo Dios, más allá de un sonsonete ambiguo? Cuando las cosas están así, se hace preciso bucear si queda alguna "fonte, que mana y corre, aunque es de noche"<sup>6</sup>.

Para los creyentes la Palabra de Dios es siempre vida, pero se hace preciso sorprender esa vida en su fuente, cuando lo raro del ambiente amenaza ahogarla. Sólo conectando con esa vida pueden forjarse "testigos del Dios Vivo", capaces de poner espíritu y resurrección sobre un campo de huesos. La meditación de la Palabra en la Comunidad creyente es el ámbito privilegiado e insustituible donde se mantiene un rescoldo nunca apagado, un poder renovador vivificante. La meditación comunitaria de la Palabra remite a la meditación personal: la presupone y la pide, como prolongación. Esta dimensión personal supone a la vez la comunitaria: es la fuente más directa para ir profundizando la Fe de las personas y para ir creando comunidades fuertes de vida y compromiso cristiano. En las celebraciones masivas es necesario llegar a crear un clima de acogida, meditación y respuesta a la Palabra, si se quiere que sea celebración de Fe, capaz de llegar a la vida.

Este contacto directo con la Palabra presenta formas diversas de reflexión y oración compartida, con las mínimas mediaciones. Caben enfoques diversos: orientaciones más vivenciales o más doctrinales, más intimistas o más volcadas a la praxis, unas que favorecen más lo personal, otras la comunicación. Hay, especialmente, una orientación que creo primaria y obligada: encaminar esta meditación comunitaria hacia las fuentes primeras de la experiencia cristiana.

Jesús nos ha dejado asomarnos, nos ha introducido en su experiencia más honda: en la intimidad de su filiación, de su relación singular con el Padre: "Abbá". Hacia este foco parece converger la Buena Noticia del Reino, de la presencia amorosa del Padre en nuestras vidas, con las fuertes exigencias que conlleva de amor fraterno, de perdón, de acogida universal, capaz de transformar las relaciones humanas a todos los niveles, en la medida en que los corazones se abren a este anuncio. De aquí ha bebido la experiencia cristiana a lo largo de los siglos.

Las críticas modernas a la religión inciden en esta imagen primordial de la paternidad de Dios y dejan en zozobra a no pocos cristianos. El infantilismo religioso, como ilusión de psicologías inmaduras, el padre como expresión del

(5) U. ECO, *El nombre de la rosa*, Barcelona 1980, pág. 607.

(6) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Poesías*, VIII: "Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe".

autoritarismo castrador, contra el cual tienen que rebelarse los hijos para adquirir su libertad madura, afectan a no pocos aspectos de la filiación religiosa. Hay que aceptar un proceso de crítica y purificación, hasta la teología negativa, que rehusa todo concepto y toda imagen como inadecuados para Dios. Se hace preciso, por ello, una transformación, en expresión de Paul Ricoeur, del "fantasma" del padre castrador en el "símbolo" del padre, fuente de vida, impulso creador, que nos arranca de la ilusión y nos empuja a vivir, que suscita la libre realización de sus hijos<sup>7</sup>. Tanto en este campo como en el de la crítica de las ideologías, se hace preciso un diálogo en profundidad que ayude a quitar las máscaras y ahuyentar los fantasmas en la conciencia individual y en las mismas instituciones eclesiales, pero que deje ver, a la vez, lo abusivo de los reduccionismos: querer explicar el fenómeno religioso sólo por mecanismos de ilusión o por los trastornos económicos no guarda proporción con la complejidad y profundidad de sus factores genéticos, de las estructuras racionales y ontológicas que entran de por medio y que distan mucho de poder ser reducidas a formas de falsa racionalidad.

Esta profundización vivencial y crítica en las experiencias originarias, en el Nombre de Padre, debe llevarse por igual a la segunda fuente de la experiencia cristiana: los Nombres de Cristo, tal como los fue viviendo y expresando la primitiva Comunidad: la confesión de fe entrevista antes de la Resurrección y profundamente vivida en la experiencia pascual: Jesús es el Señor, el que vive, el Salvador, el Hijo de Dios. Estos Nombres son de alcance divino: la experiencia de la presencia divina que se va dejando transparentar en Jesús de Nazaret. Pedagógicamente Dios se nos ha acercado así y los discípulos fueron entreviendo ese resplandor divino, esa "fuerza teofánica" que alentaba en sus signos, en sus palabras, en el perdonar los pecados, en el señorío sobre el Sábado, en su Resurrección sobre todo. Aun cuando haya de darse también hoy esta pedagogía —del Jesús de la historia al Cristo de la fe— sólo en la confesión plena encuentra la conciencia cristiana su gozo y su sentido acabado. Sólo en torno a la cuestión de Dios, que se revela en Jesús, puede plantearse adecuadamente el problema de la evangelización y no en la presentación a medio gas de un Jesús histórico empeñado sólo en la liberación social. Jesús asume la historia y las situaciones sociales hasta ser hundido por ellas, pero libera por la fuerza divina que atraviesa el mal y la muerte hasta la Resurrección.

Esta es la fuerza que siente la Comunidad al celebrar y proclamar la fe: contra los fatalismos y los pesimismos de nuestra posmodernidad, contra las visiones estrechas del relativismo cultural, contra las pretensiones del cientificismo (la Cruz de Cristo, necesidad para los griegos, "sinsentido para los neopositivistas", es fuerza y sabiduría de Dios)<sup>8</sup>, contra las dificultades, sobre todo, provenientes del mal: Dios ha entrado en nuestro mundo, ha asumido el mal sobre su propia carne y ha herido así de muerte su raíz.

---

(7) P. RICOEUR, *Le conflit des interprétations. Essais d'herméneutique*, París 1969, pág. 458ss. ("La paternité: du phantasme au symbole").

(8) Th. McPHERSON, citado en: A. ANTISERI, *El problema del lenguaje religioso. Dios en la Filosofía Analítica*, Madrid 1976, pág. 107.

De este modo, la Comunidad vive, proclama, celebra, asimila como plenitud de sentido los Nombres de Dios: Dios como Padre, como Amor, como Creador y Soberano, "El que Es". Se nos manifiesta en Jesús y lo confesamos como Hijo de Dios, Salvador y Señor, Amigo y Esposo, Fuerza, Justicia y Sabiduría de Dios. En la penumbra, en el fondo alienta el Espíritu que nos va enseñando y haciendo gozar esa riqueza de la Vida de Dios: es el Consolador y el Abogado que habla por nosotros; como un rumor de aguas que susurra allá en lo hondo: "Ven al Padre".

Al vivir con gozo los Nombres de Dios, los modos múltiples de su presencia entre nosotros, la comunidad contrasta esta presencia luminosa con la oscuridad de la incredulidad. Es más, ve esta oscuridad como efecto del cerrarse a la luz. La Encíclica última de Juan Pablo II ("Señor y Dador de vida") describe la presencia múltiple del Espíritu vivificador en la Comunidad y destaca particularmente, por contraste, su papel de argüir y convencer de pecado al mundo, particularmente del pecado de incredulidad<sup>9</sup>.

La incredencia es una situación de hecho muchas veces no culpable. La incredulidad supone el cierre culpable a la luz. Y es difícil no ver, en la actual resistencia a la fe, grandes fuerzas sociales empeñadas en oscurecerla, deformarla y combatirla. Se agrava el mal al constatar que esta misma oscuridad contagia a los creyentes debilitando su fe, deformándola, quitándole mordiente y fuerza de confrontación y de difusión.

### 3. Religión de gueto y religión pública. Uso y mención del Nombre de Dios.

La Comunidad vive y celebra con gozo la cercanía de Dios y ensalza su Nombre, movida por el Espíritu. La Comunidad de fe "usa" el Nombre de Dios. La sociedad poscristiana en que vivimos, por el contrario, no puede usar adecuadamente este nombre, ha perdido su "vigencia" y se lo relega, por ello, al silencio o al olvido; es un vocablo vacío. Cuando más, se lo "menciona", e.d., se alude a él, se lo trata desde otro nivel<sup>10</sup>: residuo cultural de otras épocas, patrimonio de grupos minoritarios vueltos al pasado, creencia privada que pertenece al foro de la conciencia íntima: preguntar o responder a la cuestión de si crees en Dios es algo "impúdico", como declaraba no hace mucho una popular entrevistadora de TVE.

Con estos planteamientos la creencia en Dios parece relegada a la esfera de la vida privada o al ámbito de grupos cerrados, de guetos o sectas. La religión desaparece de la vida pública. A esto tiende la dinámica del secularismo que no cesa. Y no es sólo por parte de sectores sociales no creyentes. Es también, en cierto

(9) JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, Parte II.

(10) La distinción entre "uso" y "mención" está tomada de la lógica y acomodada aquí a nuestro caso. Se emplea esta distinción para establecer niveles de lenguaje. "Usamos" un lenguaje para designar objetos, vgr., "esta mesa tiene un mantel". En cambio, si empleamos un lenguaje (vgr. el francés) para hablar de otro lenguaje (vgr. el español), este segundo lenguaje está sólo "mencionado". Por ejemplo: "Le nom «mesa» est un substantif ("mesa" está aquí sólo mencionado, no usado).

modo, una exigencia para los creyentes, como lo era antiguamente la práctica del "arcano": ante los no creyentes no podemos usar con vigencia nuestro lenguaje religioso, por respeto a ellos y por respeto con nosotros mismos; la hondura de los Misterios a los que nos adherimos no puede airearse pudorosamente fuera de contexto, ante quienes no los entienden o los pueden despreciar. No propugno con esto, por supuesto, que la religión tenga que aceptar el ser relegada a la vida privada, y menos renunciar al derecho a la organización, reconocimiento y expresión pública. Se trata más bien de niveles de sentido y de expresión. Entre el "uso" del Nombre de Dios en la Comunidad y la "no-vigencia" del mismo en una sociedad poscristiana, la "mención" puede hacer de puente.

Hay muchos modos de mención. Se pueden mencionar textos religiosos como mera curiosidad histórica, con pretextos literarios o estéticos, o como mera erudición. Se los puede traer a colación con intención crítica o irónica. Se los puede tratar trasladándolos de nivel, como creación cultural, como manifestaciones del subconsciente o como expresión de estratos y dinámicas sociales. Los creyentes tienen que pasar hoy por esta disección de sus propios textos, reconociendo muchas aclaraciones que pueden ofrecerle estas menciones desde el espejo de otras interpretaciones. Pero es que, a la vez, los grupos creyentes pueden y tienen que hacer otros modos de mención: como recuerdo, como sugerencia, como oferta dialogal de la propia opción y de la coherencia racional que puede justificarla como oferta pública, como contenido cultural de sentido universal, no reductible a lo inefable de mi conciencia íntima, ni a la arbitrariedad de un grupo privado, ni siquiera a ser producto típico de una cultura, sólo vigente en ella y no universalizable.

Ante grupos increyentes todavía cercanos a la creencia que han abandonado, como pasa en sociedades de tradición masivamente cristiana —por poner un ejemplo—, la mención puede ser de "recuerdo": el análisis del apartamiento de Dios puede hacerlo transparente y tal vez reversible: insuficiencias de comprensión inicial, deformaciones, malos tratamientos pedagógicos de la fe, etc. En otras personas o grupos no creyentes la mención puede ser de sugerencia, ofreciendo el sentido y la coherencia de la fe. O puede verse la oportunidad de hacer el "anuncio", la "buena noticia" que representa para el hombre la oferta de Jesús.

Cuando la mención no es en este diálogo personal o de pequeños grupos, sino con conjuntos sociales o culturales amplios, la mención se ofrece como "diálogo cultural": oferta de sentido, de coherencia y racionalidad que la hacen públicamente respetable, y, por lo mismo, oferta legítima, socialmente coherente. En el momento actual de encuentro ecuménico entre culturas la religión, el Cristianismo en particular, tienen su palabra que decir. La preocupación por parte de los creyentes está en ver cuáles pueden ser las bases, los posibles puntos de engarce para este diálogo que quiere ser oferta histórica creativa.

#### 4. La confrontación actual de las culturas y las religiones. Los grandes retos y la oferta cristiana.

La confrontación entre Cristianismo y mundo actual tiene dos vertientes desde la parte cristiana: una hacia dentro y otra hacia fuera. Ha quedado vista la primera vertiente, como asunción de las críticas y reconstrucción de la experiencia original cristiana dentro de la comunidad (1 y 2). En el apartado anterior (n. 3) se ha iniciado la consideración hacia fuera: la distancia entre el "uso" del Nombre de Dios en la Comunidad y su "no-vigencia" en las sociedades actuales. ¿Cómo salvar el foso, partiendo de esa débil "mención" que todavía puede ser un hilo tenue de comunicación?

No se trata de un anuncio repetitivo o doctrinario, de parte nuestra. Hay que aceptar los grandes retos culturales que presenta nuestro mundo, asumiendo sus urgencias y superando desde dentro sus limitaciones, empalmando así con ello lo más nuclear del mensaje cristiano. Este se crece ante estos retos, que le hacen descubrir energías todavía soterradas para su concurrencia con todas las fuerzas históricas. Estos retos que vamos a recorrer tienen una base común y decisiva. Aquí radica **el problema fundamental de la evangelización en nuestro mundo**, centro de estas reflexiones: al desplazar el mundo moderno a Dios, lo que busca en el fondo es cómo fundar la humanidad del hombre sobre su propia responsabilidad y decisión, sin remitirse a instancias superiores: en la fundamentación de la propia personalidad, en la transformación y humanización del mundo material, en la construcción solidaria de la sociedad secular. Esto mismo es lo que el mensaje cristiano quiere ofrecerle, como punto de partida: **asumir positivamente el propio ser con autonomía**, aun como si Dios no existiera. Si el cristiano además ora a Dios como si nada pudiera y todo dependiera de El, es abriéndose a una raíz de libertad: es asumir el propio ser desde una instancia que potencia —no anula— esa plena autonomía de lo personal y lo secular. La oferta cristiana quiere ayudarle a asumir todo lo que el hombre puede hacer por sí mismo y ayudándole además a entrever lo que Dios puede hacer por el hombre, "llamándole" a ser persona: es la manera que creemos más fuerte de sentirse libre, asumiendo el propio ser ante Dios y para los otros: puede entonces también "llamar" a Dios, invocarlo, pronunciar su Nombre, y reconocerlo como plenitud de sentido, de ser y de libertad<sup>11</sup>.

Pero esta base de entronque ofrece una segunda baza de diálogo. El desarrollo de la humanidad del hombre en la modernidad, como autonomía personal y secular, ha generado también una serie de fuerzas tendentes a la resacralización, a la "**Idolización**" de esas legítimas autonomías: la idolización del poder, la dinámica de la acumulación injusta y del despojo insolidario, el narcisismo egoísta de personas y grupos, la ebria exaltación del hombre y, por otro lado, su resaca actual en el miedo a la destrucción, o en la actitud de dejación ante lo imparable de las fuerzas que generan toda suerte de alienaciones sociales. La afirmación cristiana del

(11) A. TORRES QUEIRUGA, *Evangelizar el ateísmo*, en: AA. VV., *Evangelización y hombre de hoy*. Congreso, Madrid 1986, pág. 241ss.



hombre ante Dios abre un horizonte de liberación y solidaridad: la fuerza del Dios Vivo, frente a las actuales idolatrificaciones de todo género. El eje Teísmo-Ateísmo, en el encuentro del Cristianismo con la sociedad moderna, se prolonga y se concreta en el eje "Dios Vivo-Idolos de muerte"<sup>12</sup>.

Este reto fundamental ofrece no pocas variaciones. Enunciamos algunas que me parecen más importantes:

—**¿Humanismo abierto a Dios o humanismo del hombre instalado en sí mismo**, en la finitud, saturado, sin tragedias teológicas? ¿Es el hombre creación de Dios o es Dios creación y proyección de los deseos humanos más hondos? Se van dibujando dos modos de vida —vivir sin religión, vivir de cara a Dios— que quieren ser coherentes, suficientes ambos, serenos. Siempre han existido, en cierto modo, pero no se habían formulado tan explícitamente las ofertas en todo lo que representan de concepción del universo y de programa completo de vida. Cada una además quiere englobar y dar razón de la otra, interpretándola desde su propio terreno<sup>13</sup>. Por antagónicas, no obstante, que puedan parecer estas dos posturas, hay en ellas una base común: es la afirmación del hombre, la afirmación de lo humano, la búsqueda de plenitud: En ello debe entrar como base de partida para todo diálogo la mutua aceptación a fondo de los interlocutores. En el reconocimiento de la sinceridad y de la búsqueda de autenticidad por ambas partes debe basarse toda pretensión de esclarecimiento y encuentro.

—**¿Liberación humana o salvación en Dios?** Los grandes centros de interés social y cultural en nuestro tiempo apuntan hacia estos objetivos de la solidaridad humana y de la liberación a todos los niveles. La salvación religiosa última parece hoy a muchos una preocupación marginal. La oferta religiosa de salvación ¿puede englobar todas las liberaciones sin funcionalizar o marginar su sentido último trascendente? Pero, por otro lado ¿no es la salvación cristiana una oferta de liberación total, que apunta a la salvación última como su plenitud, pero que atraviesa y engloba todas las liberaciones? La realización del mensaje de Jesús, el Amor paternal de Dios ¿no exige en quienes lo aceptan el compromiso de una fraternidad sin distancias, que debe llevar a un amor preferencial por los más pobres y desvalidos?<sup>14</sup>

—**¿Es posible hablar de Dios con una base de coherencia racional**, después de la quiebra de las teodiceas racionalistas? La afirmación de sentido en la vida o en el mundo, que pudiera remitir a una Fuente Creadora, resulta hoy ambigua para el escepticismo del hombre posmoderno, haciéndose por ello difícil esta oferta

(12) J. L. SEGUNDO, *Teología abierta*, II, Madrid 1983, pág. 22, citado en : J. SOBRINO, *Dios de vida, urgencia de solidaridad*, Misión Abierta. (1985/5-6) 145.

(13) P. RICOEUR, *Corrientes de investigación en las ciencias sociales 4: Filosofía*, Madrid 1982, p. 499 ("Conclusión: El humanismo a la búsqueda de su fundamento").

(14) C. FLORISTAN, *La evangelización, tarea del cristiano*, Madrid 1978. Cf. Parte I: Los tres niveles de la evangelización: la evangelización "doctrinal", la evangelización "Kerigmática", la evangelización "liberadora", pág. 22ss.

de racionalidad. Y, sin embargo, ¿no ha estado la fe cristiana en las fuentes de la racionalidad moderna?<sup>15</sup> ¿Y no sigue hoy dándose en todos los frentes de la cultura una abundante simbiosis con la fe en Dios?

Ante los frentes de la increencia actual no es tanto una defensa o justificación de Dios lo que se precisa, y menos una imposición cosmovisional creyente. La crisis del ateísmo moderno, fuerte y radical como nunca se había dado en la historia, ha dejado en claro dos cosas: que Dios no es una "idea clara y distinta", que se pueda racionalizar con evidencia contundente, ni lo es tampoco la reducción atea. Hay una zona de misterio a la que recurren las dos racionalizaciones, la creyente y la atea. Cuando la cosmovisión atea parece confinar con el nihilismo y el sin-sentido, asumidos con lucidez estoica o con cierta serenidad carente de tragedias teológicas, la oferta creyente no es de "consuelo" ante lo duro de la vida o de fácil conformismo: es afirmar lo coherente y lo duro a la vez del principio de esperanza, pese a todas las quiebras. Es la opción de sentido, la oferta de la plenitud que representa la persona de Jesucristo: Señor de la historia, Sabiduría y Justicia de Dios, Llave de sentido para el universo. Ofrecer esto así de golpe en nuestro ambiente posmoderno suena a retórica. Hacerlo ver más cercanamente en contacto con el saber moderno (pensemos vgr. en el esfuerzo de Teilhard de Chardin por entroncar ciencia y fe) es obra lenta de creación cultural y evangelizadora.

—El hablar de Dios monoteísta choca hoy con un pluralismo que centra la religión en lo sagrado. La posmodernidad recupera el valor de lo sagrado, pero ve en el politeísmo, como afirmación de la riqueza y pluralidad de la vida, una fórmula más satisfactoria que la del monoteísmo, con múltiples connotaciones de absolutismo y dominación. ¿Cómo hacer una oferta religiosa plural que haga ver debidamente la riqueza de vida que ofrece el mensaje cristiano de Dios como Trinidad, Comunidad de personas?<sup>16</sup>.

—La experiencia y la tradición cristiana ¿no es, al fin y al cabo, particularista? ¿Cómo puede pretender ser oferta universal sin que el sistema propio atente contra la pluralidad de sistemas culturales y, dentro de ellos, de múltiples concepciones religiosas? El encuentro con las religiones es hoy una situación fecunda de diálogo y comunicación. Pertenece, como un aspecto más, al reto fundamental que la cultura actual presenta a la fe y que puede diversificarse en varias concreciones.

(15) Para la influencia, por ejemplo, de la herencia bíblica en la desacralización del mundo desde la ciencia moderna, cf. C. PARIS AMADOR, *La afirmación teológica vista desde la finitud metodológica de las ciencias de la naturaleza*, en: INSTITUTO FE Y SECULARIDAD, *Convicción de fe y crítica racional*, Salamanca 1973, pág. 237ss.

(16) R. PANIKKAR, *Dios en las religiones*, Misión Abierta (1985/5-6), particularmente los nn. 6 y 7. Cf. también sobre los aspectos políticos y sociales del problema, A. SCHINDLER (Hrsg.), *Monotheismus als politisches Problem? Erik Peterson und die Kritik der politischen Theologie*, Güterloher Verlagshaus Gerd Mohn 1978; R. MATE, *El ateísmo, un problema político. El fenómeno del ateísmo en el contexto teológico y político del Vaticano II*, Salamanca 1973.

Con respeto a la religión, en general, se hace sospechosa hoy para muchos como decíamos del Monoteísmo, por atentar contra el pluralismo de la vida<sup>17</sup>. Con respecto a la multiplicidad de las tradiciones religiosas, se abre hoy un espacio de comunicación creciente, aun cuando el camino por recorrer sea largo. El encuentro con el Budismo es profundo. Las interpretaciones de su nihilismo como teología negativa —no atea— y la práctica en el Cristianismo de la meditación zen favorecen esta comunión. Con el Hinduísmo hay también caminos abiertos en profundidad, como hace ver en sus escritos Raimundo Panikkar<sup>18</sup>. Con el Judaísmo y el Islamismo los campos son más cercanos, aun cuando los "fundamentalismos" integristas dificultan el acercamiento. Tampoco se trata —al menos a plazos cortos o medios— de unificación o integración, sino de comunión en profundidad desde lo que nos une, manera de que esto común se vaya enriqueciendo y ensanchando.

##### 5. De la mención de Dios en nuestra sociedad al anuncio y la invocación: Nombrar a Dios.

En el Nuevo Testamento son varias las expresiones empleadas para las trasmisión del conocimiento de Dios: anunciar su nombre, proclamarlo, evocarlo (más escasamente), invocarlo (invitar a la invocación), o, sencillamente, en su forma más simple pero más pregnante y densa: **nombrar a Dios**, dar a conocer su Nombre. El problema delicado que se plantea en toda evangelización, y con más razón si se trata de reevangelización, es cómo pasar de la simple **mención** al **anuncio** o la **proclamación**, con cierta expectativa de "incidir" en el interlocutor, de que efectivamente sea para él "buena noticia" lo que se le quiere comunicar.

No es una enseñanza moral o religiosa lo que primariamente se quiere transmitir. El mensaje bíblico anuncia intervenciones de Dios en la historia, hechos actuales que inciden en la vida de los hombres: Cristo vive y te interpela, es una presencia inquietante ... Esta comunicación, de otra parte, tampoco se da desde fuera: es en un acercamiento vital, en el compartir, en la convivencia, en el compromiso, en la praxis liberadora, ante situaciones de injusticia, de pecado, de insolidaridad y marginación donde la presencia de Cristo y el compromiso de los cristianos tiene que hacer presente su mensaje<sup>19</sup>.

—**La evocación de Dios.** Evocar a Dios no es todavía anunciarlo: es apuntar una sugerencia, despertar la admiración y el asombro, ayudar a que el espíritu entrevea ese rayo transfigurador: ¿Y si existe realmente ese océano de luz y belleza? Un fragmento musical, un verso, un rostro luminoso nos lo hacen evocar y ha sido en ocasiones la chispa de una conversión fulminante. Es, sobre todo, el fenómeno del amor el destello más cercano y directo de Dios. Y no sólo como

(17) J. JIMENEZ, *Filosofía y emancipación*, Madrid 1984, pág. 241.

(18) R. PANIKKAR, cf. las indicaciones y la bibliografía a que remite en el artículo antes citado.

(19) I. CAMACHO, *Increencia-Injusticia: doble reto para el anuncio cristiano en nuestro mundo*, en: *Jornadas sobre la Increencia*, Información S. J. (febrero 1986) 149ss.

evocación desde fuera: el diálogo con el ateo se hace difícil y estéril, si no es desde una plataforma de amistad leal. Más que intentar convencer hay que preguntar, ayudar a que cada persona se pregunte a fondo por su vida y su destino. Hay que escuchar largamente y conocer en cercanía, invitar a recordar, para poder clarificar las dificultades desde dentro<sup>20</sup>.

En esta misma línea de evocación, hoy se hace preciso recrear los Nombres de Dios, redescubrir su fuerza, presentar a Dios como vencedor del caos y el mal, como renovador del tiempo vacío y rutinario, como fuente creativa, como Liberador, como "Invocador del hombre", que lo despierta, lo "llama" a vivir y crear como persona<sup>21</sup>.

Todo esto no es meramente nocional o abstracto, ni mera vivencia emocional: es situar el esfuerzo creativo del hombre en el horizonte de la presencia de Dios en la historia, inspirando todo esfuerzo solidario, en cualquier frente de trabajo y de renovación, social o personal. Es un recuerdo que ayuda a evitar las frustraciones, pues desde Dios ningún esfuerzo cae en el vacío: son piedrecitas que Dios recoge en la Ciudad Futura.

La evocación tiende a pasar al anuncio directo. Desde la sintonía amistosa, la previa remoción de prejuicios y dificultades, la pacificación de posibles traumas o barreras que han impedido o truncado la opción religiosa, se puede pasar a la declaración directa de que Dios, de que su presencia cercana en Jesús, es Noticia alegre, como la de un tesoro encontrado de golpe, como la de una receta o secreto de felicidad.

—Anunciar a Dios. Hoy el anuncio de Dios pasa preferentemente por el hombre. Hay dichos de Jesús que dan la imagen de una Humanidad llena y positiva, a la vez religiosamente trascendida: "Permaneced en mi amor"; "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos"; "Permaneced en mí y yo en vosotros"; "El que me sigue no anda en las tinieblas, sino que tendrá luz de vida"; "Señor ¿a quién iremos? Tu tienes palabras de vida eterna"<sup>22</sup>.

Evangelizar es presentar a Dios en el rostro humano de Jesús, en su personalidad rica y atrayente, en su mirada, en su perdón, en la fuerza de su palabra y de sus signos, en la exquisita humanidad que rezuma el evangelio, con ecos y reminiscencias sobrehumanas. Evangelizar hoy es empalmar estas ofertas con las más hondas aspiraciones del hombre de nuestro tiempo: la solidaridad, el sentido de la vida, la amistad leal, la justicia que llegue a todos los hombres.

Las estrategias concretas de la propuesta evangelizadora deben mirar a las situaciones, al grado de sintonía que puede observarse en una persona o grupo,

(20) "Evocar" es un término que aparece poco en el Nuevo Testamento, y más bien en la línea del recuerdo: "Pues evoco el recuerdo de la fe sincera que tú tienes" (2 Tim 1, 5) (Literalmente: "tomando —labòn— recuerdo").

(21) A. DUMAS, *Nommer Dieu*, París 1980, pág. 94-95.

(22) Jn 15, 6 y 8.

para que una oferta de la fe, respetuosa pero convencida, testimonial y cálida, pueda ser ocasión de hallazgo gozoso en aquel que se muestra abierto a encontrar sentido a lo que el creyente le sugiere y le propone.

—**Proclamar a Dios.** Hay veces que el anuncio toma en la Biblia el sentido de proclamación solemne, especialmente cuando se hace ver la fuerza salvadora de Dios frente a los poderes del mundo que quieren sofocarla. Es el caso del anuncio de la Muerte y la Resurrección de Jesús, por parte de los Apóstoles frente a las autoridades que lo habían crucificado. Hoy la fe pide el diálogo con la increencia, pero también la confrontación frente a la incredulidad. La incredulidad moderna "falsea completamente la verdad sobre quién es Dios. Dios Creador es puesto en estado de sospecha, más aún, incluso en estado de acusación ante la conciencia de la criatura. Por vez primera en la historia del hombre aparece el perverso "genio de la sospecha". Este trata de "falsear" el Bien mismo, el Bien absoluto que en la obra de la creación se ha manifestado precisamente ... como amor creador"<sup>23</sup>.

El falseamiento de la verdad de Dios falsea también la verdad y la vida del hombre: lo esclavizan enormes fuerzas que el hombre mismo tiende a divinizar: el poder, el propio orgullo y el afán de dominación, el hedonismo, el aferramiento a cuanto retiene como posesión frente a los otros. La oferta de un Dios vivo frente a estas idolatrificaciones de muerte hace muy tensa la oferta cristiana, a muchos niveles de la sociedad actual, pero es hoy uno de los entroques obligados en la evangelización.

—**Invocar a Dios.** La mejor manera de ayudar al anuncio y al encuentro luminoso con Dios es invitar a invocarlo. Sugerir en cierto momento el probar por sí mismo, el atreverse a llamar: dar un paso en la búsqueda, provocando el encuentro, es ya estar dentro: "Quien invocare el Nombre del Señor se salvará"<sup>24</sup>. Hay momentos en los cuales el hombre se siente particularmente propenso a esa invocación: las experiencias de fragilidad y contingencia unas veces, momentos de inspiración que evocan esa experiencia y esa presencia superior de Dios, las situaciones sociales, el encuentro con la palabra misma de Dios en la Biblia, son entradas muy directas para provocar la invocación.

—**Nombrar a Dios** no es sólo mencionar un nombre vacío. Es reconocer gozosamente su presencia, su realidad misteriosa y densa, su fuerza liberadora. Su Nombre es palabra que quema, fuego devorador. Cuando brota de una vivencia de fe honda y está probada en el camino que Dios ha seguido de inclinación y acercamiento generoso a la humanidad pobre y desvalida, y a los más pobres entre los mismos hombres, ese Nombre se hace Salvador: "Dios salva, Dios ama, Dios libera". Sólo así puede darse a conocer a Dios.

---

(23) JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, n.º 37.

(24) Hech 2, 21; Rom 10, 13.

Ha de enriquecerse además este conocimiento de Dios en un marco de diálogo abierto, de profundización y enriquecimiento entre las culturas y tradiciones religiosas, de la humanidad, sin excluir las de los pueblos primarios, tan ricas de simbolismo y de vida. La reflexión cristiana y la comunicación de vida con los creyentes de otras religiones está abriendo hoy caminos de mutuo enriquecimiento: leer y pensar los textos de otras religiones, comunicar en vida y en intercambio de puntos convergentes es una tarea que hoy se va realizando en formas muy diferentes<sup>25</sup>. De otra parte, en una sociedad de Cristianismo desvaído, se hace preciso recuperar las partes más sanas e incorporarlas a comunidades vivas, en las cuales se medite la Palabra y se comparta la fe. Son estas comunidades vivas los gérmenes de una nueva floración eclesial.

Nuestra oferta, desde aquí, en la concurrencia ecuménica actual, es la presentación de Dios, en un ámbito abierto y libre, como evocación y sugerencia, como anuncio gozoso, buena noticia; como proclamación exigente y fuerte, como pleno reconocimiento del Nombre y resplandor del Misterio Divino. Nos abren estas perspectivas a la esperanza de que se vean plenamente cumplidos los deseos de Jesús en su oración de despedida:

"Padre, he manifestado tu Nombre a los hombres que me has dado, les he dado a conocer tu Nombre.  
Yo les he dado la gloria que Tú me diste,  
para que contemplan mi gloria, la que me has dado.  
Padre, glorifica tu Nombre"<sup>26</sup>.

**Isidro Muñoz Triguero**

---

(25) H. COX, *La religión secular. Hacia una teología posmoderna*, Santander 1985, pág. 211, 214-219.

(26) Jn 17.